

JESMYN WARD

La canción de los vivos y los muertos

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa **sextopiso**



La canción de los vivos y los muertos

JESMYN WARD

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



sextopiso

A mi madre, Norine Elizabeth Dedeaux,
que me quiso antes incluso de que yo respirase.
Y me lo demuestra cada segundo de mi vida.

¿A quién buscamos, a quién buscamos?

Es a Equiano a quien buscamos.

¿Ha ido al arroyo? Dejadlo que vuelva.

¿Ha ido a la granja? Dejadlo que regrese.

Es a Equiano a quien buscamos.

Canto kwa sobre la desaparición de Equiano,
un chico africano

La memoria es algo vivo, también en tránsito. Pero durante el instante que dura, todo lo recordado se une y cobra vida: los viejos y los jóvenes, el pasado y el presente, los vivos y los muertos.

One Writer's Beginnings, EUDORA WELTY

El Golfo brilla, mate como el plomo. La costa de Texas centellea como un borde metálico. No tengo hogar mientras el verano burbujeando hasta su cima

hierva por ese día cuando en nombre de Dios las brasas del fuego se amontonan sobre la cabeza de todos aquellos cuyo evangelio es el látigo y la llama,

década tras década, los muertos poco instruidos.

The Gulf, DEREK WALCOTT

CAPÍTULO 1. JOJO

Me gusta creer que sé lo que es la muerte. Me gusta creer que es algo a lo que podría mirar de frente. Cuando Pa me dice que necesita mi ayuda y veo ese cuchillo negro deslizarse por el cinturón de sus pantalones, sigo a Pa fuera de la casa, intento mantener la espalda erguida, los hombros rectos como una percha, así camina Pa. Intento que parezca que para mí es algo normal y aburrido para que piense que he aprendido algo en estos trece años, para que Pa sepa que estoy listo, que puedo extraer lo que hay que extraer, separar las tripas del músculo, los órganos de las cavidades. Quiero que Pa sepa que puedo mancharme las manos de sangre. Hoy es mi cumpleaños.

Sujeto la puerta para que no se cierre de golpe, la encajo con suavidad en la jamba. No quiero que Ma o Kayla se despierten y vean que no hay nadie en casa. Es mejor que duerman. Es mejor que mi hermana pequeña, Kayla, duerma, porque las noches en que Leonie está trabajando fuera, se despierta a cada hora, se sienta en la cama y grita. Es mejor que Ma duerma, porque la quimio la ha dejado seca, la ha vaciado igual que el sol y el aire al roble negro. Pa zigzaguea entre los árboles, erguido, delgado y oscuro como un pino joven. Escupe en la tierra roja, reseca, y el viento mece los árboles. Hace frío. Esta primavera es testaruda; casi ningún día le hace hueco al calorcito. El frío se estanca como el agua en una bañera que no desagua bien. Dejo la sudadera en el suelo del cuarto de Leonie, que es donde duermo, y mi camiseta es fina, pero no me froto los brazos. Si dejo que el frío me intimide, sé que al ver a la cabra me encogeré de miedo o arrugaré la cara cuando Pa le corte el pescuezo. Y Pa, sabiendo cómo es, se dará cuenta.

—Mejor dejamos que la niña siga durmiendo —dice Pa.

Pa construyó nuestra casa él solo, estrecha por delante y alargada, cerca de la carretera para no tener que talar los árboles del resto de la finca. Puso la pocilga y el establo para cabras y el gallinero en pequeños claros del bosque. Tenemos que pasar por la pocilga para llegar a las cabras. La tierra es negra y está embarrada de mierda, y desde que Pa me azotó cuando tenía seis años por correr por la pocilga sin zapatos, nunca he vuelto a andar descalzo por aquí. «Puedes pillar lombrices», dijo Pa. Esa noche, más tarde, me contó historias sobre él y sus hermanos de cuando eran jóvenes y jugaban descalzos porque sólo tenían un par de zapatos cada uno y eran para ir a la iglesia. Todos pillaron lombrices, y cuando iban a la letrina, a todos les salían lombrices por el culo. No se lo dije a Pa, pero eso fue más efectivo que los azotes.

Pa elige a la desafortunada cabra, le ata una cuerda al cuello con un nudo como de horca y la saca del establo. Las otras balan y corren tras él, le golpean las piernas, le lamen los pantalones.

—Venga, venga —dice Pa, y las aparta de un puntapié.

Creo que las cabras se comunican entre ellas; puedo verlo en sus agresivos cabezazos, en cómo muerden los pantalones de Pa y tiran de él. Creo que saben lo que significa esa cuerda atada al cuello. La cabra blanca con mechones negros se mueve de lado a lado, se resiste, como si se oliera lo que va a venir después. Pa la arrastra, pasa por delante de los cerdos, que se acercan a la verja y le gruñen porque quieren comida, y sigue por el camino que conduce al cobertizo, que queda más cerca de la casa. Las hojas me castigan los hombros, me arañan la piel y me dibujan rayas blancas en los brazos.

—¿Por qué no dejas esto más despejado, Pa?

—No hay bastante espacio —responde Pa—. Y nadie tiene que ver lo que tengo aquí detrás.

—Pero si los animales se oyen desde allí. Desde la carretera.

—Y si alguien viene aquí a enredar en mi ganado, yo lo voy a oír a través de esos árboles.

—¿Crees que algún animal dejaría que alguien se lo llevara?

—No. Las cabras tienen muy mala baba y los cerdos son más listos de lo que te crees. Y violentos. Si se acerca un desconocido, seguro que le meten un bocado.

Pa y yo entramos al cobertizo. Ata la cabra a un poste que ha clavado en el suelo y la cabra le gruñe.

—¿Conoces a alguien que tenga los animales sueltos?
—dice Pa.

Y Pa tiene razón. No hay nadie en Bois que tenga los animales sueltos por los campos, ni delante de sus casas.

La cabra menea la cabeza de lado a lado, tirando hacia atrás. Intenta deshacerse de la cuerda. Pa se sienta a horcajadas sobre ella y le pone el brazo bajo la quijada.

—Big Joseph —digo.

Quiero mirar fuera del cobertizo cuando lo digo, hacia atrás, al día frío y verde chillón, pero me obligo a mirar a Pa, a la cabra con el pescuezo levantado, lista para morir. Pa resopla. No tenía que haber dicho ese nombre. Big Joseph es mi abuelo blanco, Pa es mi abuelo negro. He vivido con Pa desde que nació. He visto a mi abuelo blanco dos veces. Big Joseph es regordete y alto y no se parece en nada a Pa. Ni siquiera se parece a Michael, mi padre, que es delgado y está lleno de tatuajes. Algunos se los hicieron aspirantes a artistas de Bois; otros, cuando estuvo trabajando en alta mar; y otros, en la cárcel.

—Bueno, vamos al lío —dice Pa.

Pa lucha con la cabra como si fuera un hombre y las patas de la cabra ceden. Cae boca abajo sobre la tierra, gira la cabeza a un lado y se queda mirándome con la mejilla hundida en el suelo del cobertizo, polvoriento y lleno de sangre. Me muestra su ojito, pero yo no aparto la mirada, no pestañeo. Pa la raja. La cabra emite un sonido como de sorpresa, un balido seguido de un gorgoteo, y luego hay sangre y barro por todas partes. Las patas de la cabra se vuelven como de goma, sin fuerza, y Pa ya no tiene que forcejear más. De pronto, se levanta y le ata una cuerda a la cabra por los tobillos y levanta el cuerpo y lo cuelga de un gancho que hay en el techo. Ese ojo... todavía

empañado. Me mira como si yo le hubiera cortado el pescuezo, como si yo la estuviera desangrando, como si yo le hubiera teñido de sangre la cara.

—¿Preparado? —pregunta Pa. Y entonces me mira, rápido. Asiento. Frunzo el ceño, tengo el rostro tenso. Intento relajarme mientras Pa corta a la cabra por la patas, como abriéndole costuras de pantalón, de camisa, cortes por todos lados.

—Agarra de aquí —dice Pa. Señala un corte en el estómago de la cabra, así que meto los dedos y agarro. Aún está caliente y húmedo. «Que no se te escurra», me digo a mí mismo. «Que no se te escurra».

—Tira —dice Pa.

Tiro. La cabra está del revés. Todo está viscoso y hay un olor rancio y penetrante por todos lados, como un hombre que lleva días sin bañarse. La piel sale como la cáscara de un plátano. Siempre me sorprende. Lo fácil que sale cuando tiras. Pa está tirando fuerte del otro lado y después corta y arranca el pellejo a la altura de los pies, pero a mí no me sale, así que Pa se encarga de cortarlo y arrancarlo.

—Por el otro lado —dice Pa.

Agarro la costura que está al lado del corazón. La cabra está todavía más caliente aquí y me pregunto si el pánico de su corazón le habrá calentado el pecho, pero luego miro a Pa, que ya está arrancando la piel del extremo de la pata, y sé que mis divagaciones mentales me están retrasando. No quiero que interprete mi lentitud como miedo, como debilidad, que crea que no soy lo bastante mayor para enfrentarme a la muerte como un hombre, así que agarro fuerte y tiro. Pa arranca el pellejo del pie del animal y entonces la cabra se balancea del techo, toda rosa, sólo músculos, absorbiendo la poca luz que hay, brillando en la oscuridad. Lo único que queda de la cabra es la cabeza peluda y, en cierto modo, esta imagen es peor incluso que cuando Pa le cortó el pescuezo.

—Trae el cubo —dice Pa.

Voy a por el cubo de metal que hay en uno de los estantes del cobertizo, al fondo, y lo coloco debajo del animal. Recojo

la piel, que ya se está endureciendo, y la echo al cubo. Cuatro trozos de piel.

Pa corta el estómago por la mitad y los intestinos salen fuera y caen al cubo. Sigue cortando y huele fatal, como a mierda podrida. Huele a mendigo muerto, putrefacto, en mitad del bosque, cuando el único rastro que queda de él es el hedor y los buitres merodeando. Huele a comadreja o armadillos atropellados en la carretera, descomponiéndose en el asfalto bajo el calor. Peor incluso. El olor es peor: es el olor a muerte, a la putrefacción de algo que estaba vivo, algo caliente con sangre y vida. Hago una mueca intentando poner la cara de peste que pone Kayla cuando se enfada o se impacienta; para los demás es como si hubiera olido algo desagradable; sus ojos verdes bizquean, la nariz se vuelve un champiñón, abre la boca y enseña sus doce dientecitos de bebé. Quiero poner esa cara porque cuando arrugas la nariz es como que echas el olor fuera y parece que es menos, igual así consigo cortar esta peste a muerte. Sé que son el estómago y los intestinos, pero lo único que puedo ver es la cara de peste de Kayla y el ojo blandito de la cabra y entonces no puedo quedarme quieto y salgo por la puerta del cobertizo y vomito sobre la hierba. La cara me arde, pero mis brazos están helados.

Pa sale del cobertizo sujetando una ristra de costillas. Me limpio la boca y lo miro, pero él no me está mirando, está mirando a la casa, señalando hacia ella con la cabeza.

—Me parece que la niña está llorando. ¿Por qué no vas a echar un vistazo?

Me meto las manos en los bolsillos.

—¿No hace falta que me quede?

Pa niega con la cabeza.

—Ya me ocupo yo —dice, pero luego me mira por primera vez y su mirada ya no es dura—. Vete, anda.

Después se gira y vuelve al cobertizo.

Pa no debe de haber oído bien, porque Kayla no está despierta. Está tumbada en el suelo con sus braguitas y su camiseta